Pedro Alcoba
El acorde de Tristán

Que nadie le pudiese mirar a los ojos durante unos momentos. Carlos Galván descendió el escalón del podio desde el que había dirigido a la orquesta. Acababan de interpretar la obertura de *Tristán e Isolda*. La misma que escuchó por primera vez en aquella excelente grabación, en el despacho de su padre, muchos años atrás.

Carlos era hijo único, y en casa nunca había compartido juego o conversación con ningún niño, por la lejanía de sus primos. Quizá por su tono pálido, delgadez y aspecto desmañado, sus padres sospecharon siempre de una predisposición a alguna enfermedad latente. De carácter se mostraba más bien tímido y sumiso, sobre todo con su padre. Desde el principio hubo un vacío entre ellos, no inmenso, pero sí lo suficiente para separarlos. Carlos tenía miedo a su padre. Su naturaleza fornida, su corpulencia, su aspecto rubicundo y el vozarrón imperativo con todos sus subordinados —y tenía muchos— le intimidaban. Roberto Galván quería a su hijo, pero también sentía miedo, aunque de otra naturaleza. Temía que, si Carlos no se fortalecía, la vida acabaría con él en un solo envite, al primer contratiempo de salud. Ambos miedos separaban a padre e hijo. Solo la madre tendía un puente de palabras entre ellos.

Sin embargo, sí había algo que unía a Carlos y su padre. Roberto era un gran melómano. Había acumulado una exquisita colección de discos y grabaciones, que ordenaba minuciosamente en unos compartimentos de madera del mueble más grande de su despacho. Allí fue instruyendo a su hijo en las maravillas de la música clásica. Porque Roberto solo daba rienda suelta a su faceta intelectual cuando hablaba de la música que le apasionaba.

—Wagner es el más grande —decía a su hijo adolescente—. Porque consigue plasmar la vida en toda su grandeza, la VIDA, con mayúsculas. ¿Entiendes?

—Pues….conozco la historia que cuenta, lo he escuchado y…

—¡Eso es! Se siente todo lo que es importante en la vida: el éxtasis del amante cuando le observa el amado, la agonía de la existencia y el amor…¿No es así?

—¡Sí! Es algo como…como…

—¿Cómo qué, hijo?

—Como cuando descubres… algo… algo importante.

Su padre le miró entonces, como intentando comprender, y Carlos percibió con claridad su decepción. Él querría haber dicho que al escuchar la obra caía un velo que descubría un hombre y una mujer enamorados yaciendo sin poder tocarse, la disyuntiva desgarradora entre dos lealtades, el veneno del amor, la grandeza de la valentía y el sacrificio,… Pero no dijo nada. Nada de nada.

Sin embargo, con aquellas audiciones compartidas, Carlos escuchando y su padre disertando, se gestó la gran pasión que muchos años más tarde haría que Carlos pudiera culminar con brillantez los estudios superiores de música con la especialidad de Dirección. Sin embargo, Wagner —en concreto *Tristán e Isolda*— y su padre se asociaron en su cabeza imponiéndole el mismo respeto reverente. Nunca dirigió una obra de Wagner. Cuando le ofrecían *Tristán e Isolda,* la rechazaba siempre con evasivas.

Su padre sufrió un ictus a los setenta y dos años. Con toda su fuerza, toda su corpulencia, todo su vozarrón imperativo. El día que sucedió, había salido a caminar por el campo y un joven lo encontró poco más tarde, tendido en el suelo y pidiendo auxilio. Fue trasladado de urgencia a un hospital, donde lograron estabilizarlo; y Carlos fue a visitarle. Su padre apenas podía hablar, un brazo y una pierna nunca volverían a la normalidad. Su inteligencia estaba intacta, pero la expresión verbal se volvió torpe, debido a la parálisis parcial de la lengua. Para consolarle, su hijo le ponía los discos que tanto amaba. En el ínterin, a Carlos le habían ofrecido una vez más dirigir *Tristán e Isolda* en el Teatro Real. Fue entonces cuando sintió que debía aceptar. Se preparó a conciencia, escuchó las grabaciones de los grandes directores de la historia, leyó todo lo que encontró sobre la obra; y ensayó y ensayó con los intérpretes hasta el agotamiento.

Semanas después, sus padres acudieron el día del estreno con las entradas preferentes que había reservado para ellos. Carlos observó a su padre, que seguía siendo corpulento y de buen color, ahora con paso renqueante; y también a su madre, cuyo pelo encanecido y arrugas en su su rostro hacían este, si cabía, más entrañable.

Subió a la tarima del director vacilante, temeroso. Debía acometer el llamado "acorde de Tristán", una sucesión disonante de cuatro notas. Observó a su padre, con la misma mirada expectante con la que le preguntaba su opinión sobre la obra, y a su madre, con su sonrisa cálida de siempre. Sus manos sudaban de tal modo que tuvo que sacar un pañuelo para secarse. Hizo un esfuerzo por sonreír. Era apenas un diálogo entre la cuerda y el viento de un minuto y medio, que iniciaba un preludio de casi veinte… Y mientras contemplaba la orquesta, aseguraba la colocación perfecta de la partitura y repasaba mentalmente, escuchaba también en su cabeza la voz de su padre: "Se siente todo lo que es importante en la vida, el éxtasis del amante cuando le observa el amado, la agonía de la existencia y el amor…¿No es así?". Acometió el acorde de Tristán, que daba paso al bloque inicial de los motivos que algunos llaman "el anhelo" y el "filtro del amor". La orquesta iniciaba la obertura: la cuerda interpretaba dos notas, manteniendo sostenida la segunda, y contestaba el viento, con las mismas notas. "¡Sí! es algo como…como…" —recordaba su propia voz adolescente. Y había apenas dos instantes de silencio al final de cada nota. Dos latidos. "¿Cómo qué, hijo?"

Miró a su padre de nuevo. Cerró los ojos e impulsó la batuta hacia delante, acompañándola con un movimiento de todo su cuerpo. Y los violines, los contrabajos, las flautas, los oboes y toda la orquesta inundaron el teatro como lo la marea alta con la playa, al igual que las lágrimas anegaron los ojos de su padre, poco después. Y cuando Carlos volvió a abrir los suyos y ya navegaba en la sinfonía como un capitán de barco, observó el rostro de su padre y descubrió el brillo de su mirada atravesado por una expresión en la que pudo leer el éxtasis del amante cuando le observa el amado, la agonía de la existencia y el amor. Porque su hijo se elevaba sobre las olas de un mar tempestuoso de notas, acordes y timbres que ascendían y se estrellaban contra un acantilado en el que mantenía su batuta firme sobre aquella colosal danza de la vida y la muerte, aquella sinfonía que le había costado tanto comprender y dominar. Y entre aquellas notas que iban y venían hasta que concluyó, sonrió el padre con orgullo y sonrió el hijo con gratitud; y ambos descubrieron la misteriosa alquimia por la que toda una vida puede ser atrapada en una sola conversación, del mismo

modo que los destinos de dos hombres se entrelazan, a veces, por una misma pasión.

Las crónicas de aquel concierto destacaron que el director no concedió ningún bis y apenas saludó ante los sonoros aplausos del público asistente. Al apagarse estos, bajó del escenario con rapidez para ir al encuentro de su padre, que se incorporaba con enorme dificultad en la segunda fila.